

MUJERES EN PRIMERA PLANA

MUJERES EN PRIMERA PLANA

Edición de Sergi Doria

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de la cubierta: Federico Ribas Montenegro 1890-1952,
Cartel de publicidad para Perfumes Trini, Gal, Madrid, c. 1930 (40 x 25 cm)

Primera edición: octubre de 2020

© Sergi Doria, 2020

© de los textos: herederos correspondientes, citados en agradecimientos

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2754-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 15029-2020

Impreso en España

A mis abuelas, María y Ramona,
dos mujeres valientes en los tiempos más recios del siglo xx

ÍNDICE

Prólogo	13
-------------------	----

DEMOCRACIA ES NOMBRE DE MUJER

¿DEBEN GANAR SUELDO LAS «MUJERES DE SU CASA»?, Irene Falcón	33
CÓMO VIVE LA MUJER EN ESPAÑA, Magda Donato	39
Cuenca: Chicas de ayer y hoy.	39
Floristas de la Rambla	44
La mujer del nuevo diputado.	50
Variedades en el Paralelo.	54
LAS MIL ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID, Josefina Carabias.	61
LAS MUJERES QUE MILITAN ACTUALMENTE EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS ESPAÑOLES, Josefina Carabias.	71
ALCALDESAS ESPAÑOLAS. ALCALDESAS VASCAS, José R. Ramos	81
LA MUJER NO DEBE OBEDIENCIA AL MARIDO, Josefina Carabias	87
¡QUEREMOS CASARNOS!, Francisco Díaz Roncero	95
LAS SEÑORITAS EMPLEADAS DE BARCELONA TIENEN UNA RESIDENCIA, Rosa María Arquimbau	99

MUJERES EN ACCIÓN

PINTORAS DE NUESTROS DÍAS.	105
LILI ÁLVAREZ: NUESTRA ESTIMADA COMPAÑERA EN LA PRENSA, Jacinto Miquelarena	119
LOLA CAPDEVILA: REINAR DESPUÉS DE VENDER O VENDER DESPUÉS DE REINAR, Manuel P. de Somacarrera	123
DOLORES IBÁRRURI: UNA «TERRIBLE» BOLCHEVIQUE, Víctor R. Añibarro	129
MARÍA DEL MONTE: MÉDICA DE LAS MUJERES MUSULMANAS, Josefina Carabias	133
PILAR PADROSA: Braulio Solsona.	141
BASILISA FUENTES: UNA LAVANDERA BACHILLER E INGENIERO, José Quílez Vicente	147
ALICIA SALCEDO: LA PRIMERA ABOGADA DE ASTURIAS, Miguel de Lillo	155
ALICIA DE LARROCHA: UNA NIÑA BARCELONESA DE SEIS AÑOS QUE DESDE LOS CUATRO DA RECITALES DE PIANO, Félix Centeno	161

FÉMINAS ATLÉTICAS

MERCEDES BASSOS: LA CAMPEONA ESPAÑOLA DE NATACIÓN, Joe Black	175
CARMEN SORIANO: CAMPEONA DE NATACIÓN, Javier Sánchez-Ocaña	179
TERESITA ALMARCHA: MAESTRA TIRADORA DE FUSIL, Braulio Solsona	183
PAQUITA MORALES: MEDALLA DE ORO DE TIRO CON REVÓLVER	189
EL CLUB FEMENÍ DE ESPORTS DE BARCELONA	193

JUANITA DE LA CRUZ, CARMEN MARÍN Y ANGELITA DEL ÁLAMO: UNA ESTUDIANTE Y DOS MECANÓGRAFAS SE HAN HECHO TORERAS, José Quílez Vicente	200
MARUJA SORIANO: MECANÓGRAFA APRENDIZ DE AVIADORA, Joe Black	205
MARI-PEPA COLOMER: LA PRIMERA AVIADORA CATALANA, Braulio Solsona	211

MUJERES DE LUTO

EN EL PARO: UNA MUJER BUSCA TRABAJO, Luisa Carnés	229
EN LA PRISIÓN: LA VIDA DE LAS MUJERES EN LA NUEVA CÁRCEL DE MUJERES, Josefina Carabias	241
ESPIONAJE: ¿HAY ESPÍAS EN ESPAÑA? ¿QUIÉN ES LA AGENTE 330,? José Quílez Vicente	251
EN EL MANICOMIO: UN MES ENTRE LAS LOCAS, Magda Donato	261
CRIMEN. MARTIRIO Y MUERTE DE HILDEGART, Antonio G. de Linares	319

PRÓLOGO

Las mujeres de mi familia eran todavía jóvenes cuando llegué al mundo el 5 de enero de 1960 en la calle Tapiolas del barrio del Poble Sec. Mi madre tenía veintidós años; mi abuela materna, Ramona, contaba cuarenta y dos; la abuela paterna, María, cuarenta y seis, y la bisabuela María, sesenta y seis.

La bisabuela María era muy religiosa. Me parece verla aún: siempre vestida de negro, con un broche que engarzaba una piedra azulada. Un pañuelo de seda al cuello, perfumado con una esencia inconfundible.

Cuando no ayudaba en la cocina a mi abuela Ramona, que andaba siempre atareada por su oficio de modista y el apremio por entregar en plazo los encargos, aparte de sus escapadas vespertinas a la parroquia de Santa Madrona para rezar o asistir a algún funeral, mi bisabuela pasaba las horas recluida en su cuartito oscuro y diminuto: en el rincón, sobre una silla, un altarcito que alumbraba un cuenco con aceite sobre el que flotaban lamparillas, también conocidas como «mariposas», en recuerdo de los difuntos.

En aquel refugio que la alejaba de las discusiones con mi abuelo, al que juzgaba de ateo por sus ideas libertarias, siempre en penumbra, mi bisabuela me hablaba de las duras y monótonas existencias de las mujeres jóvenes en el mundo rural del que provenía. De habitáculos sin luz eléctrica donde las jóvenes madres compartían las penas de sus hijos muertos por enfermedades que en aquellos años no se podían combatir; o, simplemente, de la malnutrición en los años el hambre.

Memorias orales de varias generaciones que narraba la mujer más vieja del lugar cual fatalista salmodia.

Del largo verano del 36, mi bisabuela recordaba el rumor de los autos confiscados por la FAI, que trasegaban de madrugada a hombres en pijama que acabarían baleados en cualquier recodo de la montaña de Montjuïc.

Entre lo que escuché en aquellos encuentros de cuando yo tenía ocho años, bajo el débil fulgor de las lamparillas para las almas en pena, se hallaban los sufrimientos de las terribles jornadas de marzo del 38, cuando la aviación italiana se encarnizó sobre Barcelona.

Ante el estruendo de las bombas que amenazaban con arrasar el barrio, mi abuela Ramona agarró a mi madre, de poco más de un año, y se fue con otros vecinos al refugio antiaéreo 307, al final de la calle Nueva (así la llamaban entonces).

Mi bisabuela María había hecho acopio de unos garbanzos y cuatro acelgas para componer un potaje, y ya tenía la olla en un fuego que no siempre contaba con suficiente carbón... «¡Madre, no se quede aquí, véngase al refugio como todo el mundo! ¿No ve la que está cayendo?», la apremió mi abuela Ramona. Pero mi bisabuela no estaba dispuesta a malograr ni el condumio ni el precioso carbón... Prefería quedarse velando el fuego: «Me iré de este mundo cuando lo quiera Dios, no cuando lo quiera Franco», replicó con determinación.

Mi bisabuela no había podido ir al colegio, pero era un ejemplo de la mujer que hizo de la necesidad virtud y siempre se autodeterminó. Tuvo un esposo muy trabajador, mi machadiano bisabuelo Francisco —«en el buen sentido de la palabra, bueno»—, pero ella llevó siempre las riendas del hogar. Esa misma impronta podría aplicarse a mis abuelas María y Ramona, capaces de sacar adelante a mi padre y a mi madre cuando mis abuelos estaban en el frente.

La posguerra sería una prolongación de los sufrimientos en el caso de mi abuela paterna María: mi abuelo Bernardino hubo de arrostrar dos campos de concentración y ser depurado a su retorno, después de sobrevivir a los infiernos de Argelès y Miranda de Ebro.

La presente antología pretende ser un homenaje a la generación de las mujeres de antes de la guerra: unas, de buena posición social, pugnaron por ir a la universidad, para así esquivar el programado papel de «florero» en un frígido matrimonio burgués; otras, como mi bisabuela y mis abuelas, de extracción humilde, supieron jugar con las pocas cartas que su condición social les deparaba en un entorno de analfabetismo y perpetuo acoso de la muerte.

Todas ellas, y cada una a su manera, son *Mujeres en primera plana*. Por sus obras las conoceréis...

Conozcámoslas...



«Eva, primero, apenas salía del taller y del hogar... Fue después a las oficinas, a los ministerios, a las secretarías... Y, ahora, sonrío vencedora, desde la clínica, desde el foro, desde la cátedra... Y hasta en lo que parece menos femenino —el deporte, la fuerza, el músculo—, Eva sonrío, vencedora... Ya no es sólo el tenis, con sus actitudes evocadoras de estatuas helénicas. Eva lleva el volante del automóvil con la misma destreza ágil que pudiera llevarlo un hombre. No cabe extrañarse de ello. En el amor, en la vida, ella llevó siempre el volante...».

Esta cita, publicada en el semanario *Nuevo Mundo* del 28 de mayo de 1926, refleja la pujanza de la «fémima universal» en el cosmopolitismo de la segunda mitad de los años veinte que trazaron literariamente escritores como Víctor Margueritte en *La garçonne* o el Paul Morand de *Tendres stocks*.

Los magazines y semanarios gráficos, como el citado *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*, *Mundo Gráfico*, *Estampa*, *Crónica* o *Imatges*, celebrarán en dinámicos reportajes esta feminidad bendecida por la ascensión social, la moda, el cine y los deportes.

Una mujer con maillot que sustituye la esclavitud hogareña de la pata quebrada por la marcha atlética, que deja atrás los corsés y libera los pechos. Las atrevidas contorsiones de Josephine Baker en *top-less* deslumbran a millones de jóvenes aspiran a féminas liberadas de maridos y tabúes.

Al contemplar a la Baker, escribe Josep María de Sagarra en *Vida privada*: «Muchas chicas sentían la misma veneración que años atrás sus madres habían sentido por la Virgen de Montserrat».

La moda libera a la mujer. Un anuncio de la marca de ropa interior Madame X muestra esa transición de los corsés de hechuras decimonónicas a las ligeras prendas de última moda. Las mujeres de antaño ocupan aparatosamente la calle, en contraste con las estilizadas y urbanas chicas de los años treinta: «Cincuenta años atrás, la silueta femenina tenía unas exigencias desmesuradas. Los maniqués inverosímiles de la moda imperante hacían de la mujer una cosa complicada y sobrenatural», escribe Irene Polo.

Las playas constituyen el escenario del feminismo cosmopolita. En Deauville, unas jóvenes con maillot estiran una cuerda «únicamente para que el fotógrafo las pueda retratar».

Los relatos cortos de semanarios como *Estampa* componen estéticamente a la mujer del momento. La protagonista del cuento de Rodríguez de León Nido de Oropéndola «es sencillamente la señorita del pijama». Pijama de seda con flores orientales, pechos poco prominentes, corte de cabello a lo *garçon* y estilizada silueta.

El narrador describe ese modelo de mujer «cimbreada, voluptuosa, tronchada la cabeza bajo la espalda para que las volu-

tas de humo tengan el ímpetu de un surtidor». La «señorita del pijama» rompe con la monotonía indumentaria burguesa y «lanza al rostro del público un grito escéptico de rebeldía y modernismo».

Feminidad bautizada como Eva o Diana que presenta en portada a una olímpica joven con túnica: alza el brazo a la romana, cual triunfal auriga que comanda media docena de galgos. Es Diana cazadora: «Casi todas las jóvenes de hoy se parecen un poco a la diosa griega, cuya clásica actitud ha adoptado esta bella mujer que aparece en nuestra foto», reza el pie de la imagen.

Entre las colaboradoras de *Estampa*, destacadas integrantes del movimiento feminista, como Amparo Verardini, Magda Donato o Josefina Carabias.

En 1926, las conocidas popularmente como las «sin sombrero» participan en la fundación del Lyceum Club de Madrid, adaptación española de la institución creada en el Londres de primeros años de siglo xx por Constance Smedley.

María Maeztu, fundadora en 1915 de la Residencia de Señoritas, es la presidenta de esta entidad ubicada en la popular Casa de las Siete Chimeneas. La junta del Lyceum cuenta, además de María de Maeztu, con Ella Palencia, Victoria Kent, Isabel Oyarzabal, Amalia Salaverría o Zenobia Cambrubí —la esposa de Juan Ramón Jiménez—, entre otras damas de relevancia social.

Así lo recuerda Carmen Baroja Nessi, hermana de Pío y Ricardo Baroja: «Se luchaba con muchísimos inconvenientes, el mayor quizá la falta de dinero. Pagábamos una cuota mensual de diez pesetas y dimos unos duros de entrada; creo que éramos unas cincuenta fundadoras...».

En la inauguración del Lyceum, Carmen Baroja organiza una exposición con obras de las dos hijas de Sorolla, y en el pro-

grama de conferencias participan Giménez Caballero y su hermano Pío. Benavente declinó la invitación con un comentario de humor hiriente: no quería hablar «a tontas y a locas».

Pese a las dificultades económicas, el número de socias se triplicará a los tres meses de la fundación del club.

Hollywood es otra plataforma de la feminidad liberada de ataduras ancestrales y la difusión de los más sofisticados tratamientos de belleza: depilación, masaje facial, manicura, ondulado del cabello... Los concursos de mises establecen el canon estético. Miss Europa y Miss América compiten en las páginas de huecograbado. La primera «es una muchacha alta, esbelta, algo delgada, que es feliz cuando puede pasear con automóvil»; la americana es «una entusiasta de todos los deportes, que anda siempre muy derecha con la cabeza echada hacia atrás, tranquila y sonriente».

En la playa de Deauville, ambas han pugnado por el campeonato mundial de belleza, donde participó también la española Pepita Samper. En Sitges, las jovencitas rivalizan en la exhibición de maillots. Los regímenes de adelgazamiento y bronceado —ya quedó atrás la aristocrática palidez— están a la orden del día.

El magazín *D'Ací i d'Allà* establece los modelos de «fémica universal» moderna en una galería fotográfica de febrero de 1929: una sofisticada dama en las carreras de caballos; la nadadora Solita Salgado, destacada deportista con dieciséis años; dos estudiantes de Kansas «cumpliendo el ritual de fumar una pipa al comenzar el nuevo semestre» representan el acceso de la mujer a la universidad; bailarinas de Los Ángeles ilustran el armónico triunvirato de feminidad, belleza y cinema.

En el Ateneo barcelonés se cuecen las más diversas iniciativas culturales. Llucieta Canyà aparece fotografiada en la biblioteca; la redacción del semanario *Imatges*, que se confecciona en esa entidad, cuenta con dos reporteras fundamentales: Irene Polo y Rosa María Arquimbau.

El feminismo no debe ser ni de derechas ni de izquierdas, sino una forma de denominar esa voluntad que lleva a la mujer a conseguir el lugar que merece, por sus capacidades, en la escala social. Se puede ser tan feminista haciendo gala del término desde la izquierda como luchar por los derechos de la mujer desde posiciones conservadoras. Es el caso de Adela María Trepát, traductora de los clásicos en la Fundación Bernat Metge, que impulsa el líder de la Lliga Francesc Cambó. Después de cursar Historia en Berlín, esta catedrática no asume la adscripción feminista. Incorporada al mundo de la docencia, abona la tesis de que querer es poder: «¿Qué he hecho yo? He estudiado, he cursado una carrera, he desarrollado una tesis de doctorado, he ido a unas oposiciones... ¿Y bien, qué? ¿Existe alguna ley divina o humana que se oponga, ni tan sólo alguna razón de orden natural? Evidentemente, no. Si no hay ninguna razón que se oponga, ¿a qué viene hacer campañas para obtener aquello que nadie nos ha robado?».

El advenimiento de la República en 1931 trasladará a carácter de ley lo que ya era normal en la sociedad española de los años veinte. El nuevo régimen contará con una vanguardia política femenina: Victoria Kent, Clara Campoamor, Dolores Rivas Cherif, Isabel Maura de Codina, Concha Peña, María Martínez, Elena Soriano, Belén Sárraga, Dolores Ibárruri, Margarita Nelken...

La mitad de esta lista corresponde a mujeres del centro-derecha: Campoamor, Maura, Peña, Martínez, Soriano. Campoamor lucha por el voto femenino frente al escepticismo de una izquierda que identifica a la mujer con las opciones más reaccionarias de la España profunda.

La política del Partido Radical preside en octubre de 1929 la recién constituida Asociación Universitaria Femenina, que reúne a mujeres de las ciencias, las letras y las artes, a partir del impulso de la abogada Matilde Huici de San Martín.

La entidad pretende dar apoyo de forma gratuita a las mujeres que aspiran a emanciparse. Se dirige «a la madre abandonada, a la menor desamparada o en peligro, a toda aquella mujer indefensa ante cualquier problema o conflicto en que necesite orientación médica jurídica o social; a la obrera, a la mujer sin ayuda ni apoyo, las mujeres universitarias españolas ofrecen consejo, dirección, amparo espiritual, jurídico, médico y social».

Además de Campoamor y Huici, que ejerce de tesorera, componen la junta la farmacéutica Conrada Calvo, María de Maeztu, doctora en Filosofía y directora de la Residencia de Señoritas, Pilar Careaga, primera mujer española con el título de ingeniero industrial, y la doctora en medicina María Bardán Mateu.

Los años treinta culminan el progreso femenino que ya marcó la década anterior. Hace años que la mujer ha tomado el volante: medio millar de conductoras circulan por Madrid en 1928 y un millar de mujeres se matriculan en la Complutense en 1933, un veinte por ciento más de estudiantes universitarias que en 1928.

La promulgación de la ley de divorcio multiplica los debates sobre las razones de las mujeres para romper con sus maridos. Los argumentos más votados, según una encuesta del semanario *Estampa* de enero de 1932: por borracho, por infiel, por malos tratos, por dejarlas solas de noche, por jugadores, por celosos, por sucios y por falta de amor.

Mujeres en primera plana pretende reflejar una realidad social que acabó borrada por la contienda fratricida de 1936: descubriremos a las protagonistas –en su mayoría inéditas– de la revolución femenina en España: políticas, universitarias, dependientas, médicas, abogadas, pintoras, pianistas, nadadoras, aviadoras, tiradoras de fusil o revólver, toreras, atletas...

Mujeres rodeadas de luces y, también, de sombras: mujeres en paro, mujeres presidiarias, mujeres dementes o casos célebres

como la muerte de la joven Hildegart a manos de su fanática madre.

Una treintena de piezas periodísticas de Jacinto Miquelarena, Irene de Falcón, Magda Donato, Josefina Carabias, Rosa María Arquimbau, Braulio Solsona, Félix Centeno, Javier Sánchez-Ocaña, José Quílez Vicente, Luisa Carnés o Antonio G. de Linares.

Al igual que las crónicas de *Un país en crisis*, estas *Mujeres en primera plana* componen un nuevo testimonio para vindicar una España liberada de la retórica perdonavidas de quienes durante décadas vieron en los Pirineos la inexpugnable frontera que nos separaba, por los siglos de los siglos, de la modernidad europeísta.

Esta antología viene a desmentir tantos —¡demasiados!— clichés de nuestro —¡tan acendrado!— fatalismo nacional.

Y es que el fatalismo, a España, siempre le sienta fatal.

Sergi Doria
Barcelona, marzo de 2020

DEMOCRACIA
ES NOMBRE DE MUJER

La mujer se ganó el derecho al sufragio el 1 de octubre de 1931, pero a menudo se olvida que Clara Campoamor, la defensora del voto femenino, era una republicana de centroderecha.

La diputada ya contaba con el ninguneo de algunos jabalíes de la bancada. Roberto Novoa, de la Federación Republicana Gallega, le espetó que «la mujer es histerismo»; e Hilario Ayuso, del Partido Republicano Federal, remató la idea: «El histerismo impide votar a la mujer hasta la menopausia». Una voz anónima llegó a decir que la mejor expresión de las mujeres se daba en «las procesiones».

Si los chascarrillos machistas estaban en el guión, resulta muy sorprendente que los embates más acerbos contra la ponencia de Campoamor provinieran de dos mujeres *soi disant* progresistas: Victoria Kent y Margarita Nelken. Verbigracia: la izquierda asociaba el voto femenino con la España de peineta y mantilla... La clerical, rural y reaccionaria.

Para la Kent, del Partido Radical Socialista, la mujer era todavía bisoña para comprender lo que significaba «intelectualmente» la República. A su parecer, el voto femenino debía aplazarse: «Si las mujeres españolas fueran todas obreras, si las mujeres españolas hubiesen atravesado ya un periodo universitario y estuvieran liberadas de su conciencia, yo me levantaría hoy frente a toda la Cámara para pedir el voto femenino. Pero en estas horas yo me levanto justamente para decir lo contrario y decirlo con toda la valentía de mi espíritu».

Margarita Nelken, del Partido Socialista Obrero Español, votó a favor de esos argumentos. La distinción clasista de la Kent entre mujeres obreras, universitarias y las otras —se entiende amas de casa sometidas a la dictadura de sus maridos— indignó a Clara Campoamor: «¿De qué se acusa a la mujer? ¿De ignorancia? Si se trata de analfabetismo, las estadísticas afirman que, desde 1860 a 1910, el número de analfabetos entre las mujeres ha disminuido en 48 000, mientras que en los hombres en menos proporción. La curva ha seguido hasta hoy, un momento en el que la mujer es menos analfabeta que el hombre», protestó.

Campoamor llevaba razón. Mientras la diputada pronuncia su alegato, la periodista del diario *Ahora* y la revista *Estampa* Josefina Carabias acaba de licenciarse en Derecho. Había llegado a la universidad después de enfrentarse a sus padres, terratenientes de la agricultura y la ganadería, y de sacarse el Bachillerato de manera casi clandestina. Una de sus compañeras de estudios, Mercedes Salaverría, hija del escritor José María Salaverría, iba a ser en 1933 la primera mujer de España que accediera al Cuerpo Diplomático.

En la vanguardia política brillaban las figuras femeninas. A las mencionadas Campoamor, Kent y Nelken, había que añadir a Belén Sárraga, del Partido Federal, representante de los obreros y campesinos andaluces; Dolores Rivas Chérif, de Acción Republicana; Isabel Maura de Codina, secretaria de la sección femenina del Partido Republicano Conservador; Concha Peña, abogada, doctora en Lenguas y Literatura, maestra superior y cronista notable del Partido Radical; otra lerrouxista, María Martínez, era la política de mayor edad, y estuvo presente en la proclamación de la República el 14 de abril de 1931; la doctora Elena Soriano, también radical...

Cuando, en diciembre de 1933, las derechas ganan las elecciones generales, se acusará al voto femenino de la derrota de la

izquierda y se recordarán las frases lapidarias de Victoria Kent: «El voto de la mujer española es el voto de su confesor... La mujer española es retrógrada, inculta, y necesita pasar por el pensamiento universitario para capacitarse». Pero la izquierda no perdió aquellas elecciones por el voto femenino, sino por la abstención de un millón de anarcosindicalistas de la CNT a raíz de la matanza de Casas Viejas y las promesas sociales que la crisis económica y la resistencia caciquil ralentizaba. «Obrero, no votes», rezaban los pasquines.

Que la emancipación femenina no se limitaba al mundo universitario lo demuestra Josefina Carabias. La reportera conversa con varias vecinas del barrio bilbaíno de Torre Urizar: han constituido una Fraternidad de Mujeres Modernas para dedicar el tiempo libre a la cultura. La presidenta, Aurora L. Furundarena, organiza toda suerte de actividades para financiar las actividades de la Fraternidad: cosen banderitas tricolores y las venden como souvenir republicano; visten muñecas para rifarlas...

Con ese activo *merchandising*, la peseta de cuota de las asociadas y el apoyo de los socios de la sociedad El Sitio, la femenina fraternidad va tirando: «Nos mandan libros y vienen aquí a dar conferencias. Esto es lo que más agradecemos, porque, tanto como el dinero o más, nos hace falta la cultura e ilustración que por ser pobres no hemos podido tener», explica la presidenta a Josefina Carabias.

En su periplo vizcaíno, la reportera constata en Bermeo que la mal llamada «ama de casa» no está disociada con la conciencia política. En el puerto reina el matriarcado. Las mujeres de los pescadores fijan los precios en la lonja. Ellas organizan la subasta, hacen cuentas y gobiernan el pueblo. En Bermeo, anota Carabias, los hombres no pintan nada o pintan muy poco: «La mujer vende, compra, decide y gobierna. Ellas son las que ha-

cen las elecciones, sacan los concejales y eligen al alcalde que les parece oportuno. De vez en cuando se reúnen en asamblea deliberante y toman sus acuerdos. Luego los comunican a los hombres, quienes los acatan al pie de la letra».

El derecho de voto, proclama una bermeana, ya se ejercía *de facto* antes de que lo concediera la República. A estas hembras corpulentas les fastidia que la proliferación de partidos haya cuarteado políticamente la unidad matriarcal que tan bien había funcionado durante siglos: «Antes estábamos todas unidas... pensábamos igual. Ahora hay lucha; unas se han hecho socialistas, otras nacionalistas. Antes, los hombres hacían lo que les decíamos nosotras. Ahora, al saber que las mujeres votábamos, creíamos que los hombres no votarían; pero no fue así... Y digo yo que, votando nosotras, ¿qué necesidad había de que votaran también ellos?».

Y como democracia es nombre de mujer, en las crónicas que siguen asistiremos al debate —que hoy sigue sin resolverse— sobre si las amas de casa han de percibir un sueldo.

Hace un siglo, la Internacional Socialista Femenina ya planteó la cuestión de que las «mujeres de su casa» fueran remuneradas como cualquier mujer trabajadora.

Irene de Falcón —reportera y secretaria vitalicia de Dolores Ibárruri— firma esta pieza reivindicativa. Si ganara un sueldo, la mujer conservaría su independencia económica: «A la mujer se le reconoce un sueldo; por ejemplo, la mitad de lo que gana el marido, unas trescientas pesetas. Cada uno contribuye con doscientas pesetas para la casa y se reserva ciento para gastos personales», propone.

El otoño de 1933, Magda Donato recorre la piel de toro en una serie de reportajes sobre la vida cotidiana de la mujer española. Seleccionamos cuatro piezas: la dedicada a las muchachas de Cuenca como ejemplo de ciudad de provincias, por

ejemplo, muestra van rompiendo muchos de los clichés asociados a la religiosidad, el enclaustramiento y los quehaceres tradicionales femeninos (costura, catequesis, música). El *star system* cinematográfico aporta nuevos modelos de comportamiento y deshace las colmenas de ese enclaustramiento femenino. Entre 1925 y 1931 la Escuela Normal de Maestras ha pasado de cinco matriculadas a ciento cincuenta. Por otro lado, en la Rambla barcelonesa, la florista Carolina —sus descendientes siguen vendiendo flores un siglo después— participa en los concursos de mises, discute sobre el embellecimiento de la Rambla, la fisonomía de los quioscos, los impuestos municipales... y, cómo no, sobre los precios de los mayoristas en el Mercado de la Flor. «Es una feminista terrible», constata Magda Donato con admiración: «Si no fuera por no abandonar “sus Ramblas”, ya estaría ocupando un puesto —sin flores— en el Congreso de los Diputados». Y aún hay dos crónicas más.

Aquel mismo año, la Universidad de Madrid cuenta con mil mujeres estudiantes. Cuando María de Maeztu fundó en 1925 su Residencia de Señoritas eran quinientas; en ocho años la cifra se ha doblado. Dos tercios de las matriculadas cursa Farmacia, Filosofía y Letras y Medicina. La residencia de la calle Fortuny, número 43, explica Maeztu a Josefina Carabias, alberga trescientas cincuenta alumnas, «porque nuestros edificios no tienen más capacidad, pero pasan de quinientas las solicitudes que cada año recibimos».

En el Congreso republicano, la presencia femenina se distribuye en los dos partidos más robustos de la izquierda y la derecha: el PSOE y Acción Nacional. Y los consistorios de todas las regiones cuentan cada vez con más concejales y alcaldesas.

La primera alcaldesa de España fue Matilde Pérez Mollà (1858-1936), en el pueblo alicantino de Quatretondeta. Designada en 1924 por el gobernador civil, en tiempos de la dicta-

dura primorriverista, Pérez Mollà gobernó hasta 1930. La alcaldesa se ganó el aplauso de sus vecinos con un programa de acción claramente regeneracionista: construcción de la carretera que unía Quatretondeta con Gorga, instalación de la luz eléctrica en calles y hogares y promoción de la cultura.

José R. Ramos conversa con Carmen Almandoz, una maestra veinteañera de Segura (Guipúzcoa) que combate los restos del caciquismo y el paternalismo perdonavidas de los señoritos meapilas del nacionalismo vasco. Y no sólo ella: Ramos completa el reportaje con la alcaldesa de Cestona, Purificación Gil; Maximima Jiménez, de Berrobí y Aurea Arregui, de Albistur.

La Ley de Divorcio constituye otro aldabonazo para hacer efectiva la emancipación femenina. «La mujer no debe obediencia al marido», titula Josefina Carabias su crónica de *Estampa*. Los renglones de la polémica —«El marido debe proteger a la mujer, y ésta obedecer al marido»— dejan paso a «El matrimonio se funda en la igualdad de sexos y podrá disolverse por mutuo disenso o a petición de cualquiera de los cónyuges con alegación en este caso de justa causa».

Pero no todos son enemigos del matrimonio. Unas muchachas madrileñas han fundado el Club de las Solteras; desde la perspectiva actual, un Tinder de los años treinta. Francisco Díaz Roncero visita esta asociación y transcribe sus estatutos: procurar que las asociadas contraigan matrimonio en dos años a lo sumo, y «defenderlas de cuantas incorrecciones sean objeto por parte de sus prometidos».

Las trabajadoras que no tienen pareja o no se han casado, se reúnen en la residencia que dirige en Barcelona Montserrat Ripoll Noble. Allí las jóvenes —en su mayoría oficinistas— disponen de una habitación, biblioteca y sala de conferencias con una pensión completa de cincuenta pesetas al mes. Rosa María Arquimbau charla con doña Montserrat. Sus hospedadas juegan

al parchís o al ping pong, leen –aunque lamentan que todavía hay pocos libros en los estantes–, hablan con el novio por teléfono o se dedican al punto de media... «¿Quién dice que las mujeres usurpan los puestos a los hombres en las oficinas? ¡¡Si hay sitio para todos!!», concluye Arquimbau.